

ENTENDIENDO LAS CARTAS DEL APOSTOL JUAN

Muchas veces nosotros captamos alguna palabra del Señor, o percibimos algún pensamiento que nos da luz en alguna doctrina, y por inercia nos vamos a La Escritura con el fin de apoyar o refutar dicho pensamiento. En esta ocasión quiero compartirles este tema, pero aclaro que esto no surge de un “rhema”, o de un pensamiento, sino surge, precisamente del entendimiento que Dios me ha dado del Nuevo Testamento.

Para desarrollar este tema, voy a tomar una porción de La Escritura, y trataré de explicarles lo que dice el pasaje de manera explícita. La intención de compartirles esto es que aprendamos a no usar los pasajes para apoyar nuestros pensamientos, o refutar lo que escuchamos de otros, sino que entendamos de forma clara lo que el pasaje en sí mismo quiere decir. Ciertamente hubo una intención del Espíritu Santo al revelarle a los apóstoles lo que está escrito en la Biblia, y debemos tener cuidado de no mal interpretarlos.

El Nuevo Testamento tiene como centralidad dar a conocer la realidad del misterio y a Jesús; éste se divide en tres secciones: La primera está conformada por los evangelios, la segunda por los Hechos de los apóstoles, y la tercera por las cartas apostólicas.

Los Evangelios nos hablan del Cristo de Nazaret, a quien yo llamo: “el Cristo individual”. Los Evangelios son la biografía de Jesús, la manifestación en carne del Verbo de Dios. Es por eso que en los Evangelios encontramos versos tales como Juan 1:14 **“Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria...”**, estos libros nos hablan del Dios-hombre Jesús desde Su nacimiento hasta Su ascensión.

El libro de Los Hechos nos narra la transición del Cristo individual a lo que yo le llamo: “el Cristo Corporativo”. En Hechos se comienza a narrar la continuación del Evangelio de Lucas, la Vida de un Cristo que ascendió al cielo y luego bajó nuevamente en Sus discípulos para formar un solo Cuerpo. Esto es lo que conocemos en las cartas del apóstol Pablo como la revelación del Cuerpo de Cristo. A partir de *Hechos 2* encontramos a un Cristo activo en Sus miembros llamado “Iglesia”, ya no es un Cristo individual, sino corporativo. Desde que empieza a conquistar a los nuevos miembros y a formar los nuevos ministerios que le han de servir, les enseña que Él es los hermanos y los hermanos son Él. Esto lo podemos ver claramente en el llamamiento del apóstol Pablo, dice que *mientras él viajaba, al acercarse a Damasco, de repente resplandeció en su alrededor una luz del cielo; y al caer a tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y El respondió: Yo soy Jesús a quien tú persigues (Hechos 9:3-5)*; Dios estaba dándole a conocer a Saulo que ahora Jesús se manifestaba en los que habían creído en El, es decir, en la Iglesia, la cual es Su Cuerpo. El escritor de los Hechos nos explica de varias maneras que el Cristo que hoy debemos conocer es el Cristo orgánico-corporativo, es el Cristo-Iglesia. Esa es la gran revelación que nos muestra el libro de los Hechos.

Luego en el Nuevo Testamento aparecen **las Cartas de los Apóstoles**, y a excepción de Apocalipsis, Timoteo, Tito y Filemón, todas van dirigidas a “las Iglesias”. La primera expresión local de la Iglesia tuvo lugar en Jerusalén. Si quisiéramos definir el término Iglesia Local, yo diría que es *“la expresión local del Cristo corporativo”*. Toda la revelación del Nuevo Testamento tiene que ver con esta realidad, a la que Pablo le llama “El Misterio de Cristo y la Iglesia”, porque es ahí donde se muestra como Él vive y se manifiesta en nosotros.

UNA REVELACIÓN DE CÓMO EXPONE JUAN EL MENSAJE DE LA IGLESIA Y CRISTO.

Intencionalmente titulé esta sección “La Iglesia y Cristo”, y no “Cristo y la Iglesia, pues, veremos cómo el apóstol Juan expone el misterio de “La Iglesia y Cristo”.

Dice 1 Juan 2:3 *“Y en esto sabemos que hemos llegado a conocerle: si guardamos sus mandamientos. v:4 El que dice: Yo he llegado a conocerle, y no guarda sus mandamientos, es un menti-*

roso y la verdad no está en él; v:5 pero el que guarda su palabra, en él verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado. En esto sabemos que estamos en El. v:6 El que dice que permanece en El, debe andar como El anduvo. v:7 Amados, no os escribo un mandamiento nuevo, sino un mandamiento antiguo, que habéis tenido desde el principio; el mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído. v:8 Por otra parte, os escribo un mandamiento nuevo, el cual es verdadero en El y en vosotros, porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya está alumbrando. v:9 El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está aún en tinieblas. v:10 El que ama a su hermano, permanece en la luz y no hay causa de tropiezo en él. v:11 Pero el que aborrece a su hermano, está en tinieblas y anda en tinieblas, y no sabe adónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos. v:12 Os escribo a vosotros, hijos^a, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre. v:13 Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que ha sido desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. Os he escrito a vosotros, niños, porque conocéis al Padre. v:14 Os he escrito a vosotros, padres, porque conocéis al que ha sido desde el principio. Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes y la palabra de Dios permanece en vosotros y habéis vencido al maligno. v:15 No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. v:16 Porque todo lo que hay en el mundo, la pasión de la carne, la pasión de los ojos y la arrogancia de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. v:17 Y el mundo pasa, y también sus pasiones, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. v:18 Hijitos, es la última hora, y así como oísteis que el anticristo viene, también ahora han surgido muchos anticristos; por eso sabemos que es la última hora. v:19 Salieron de nosotros, pero en realidad no eran de nosotros, porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron, a fin de que se manifestara que no todos son de nosotros. 20 Pero vosotros tenéis unción del Santo, y todos vosotros lo sabéis. v:21 No os he escrito porque ignoréis la verdad, sino porque la conocéis y porque ninguna mentira procede de la verdad. v:22 ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. v:23 Todo aquel que niega al Hijo tampoco tiene al Padre; el que confiesa al Hijo tiene también al Padre. v:24 En cuanto a vosotros, que permanezca en vosotros lo que oísteis desde el principio. Si lo que oísteis desde el principio permanece en vosotros, vosotros también permaneceréis en el Hijo y en el Padre. v:25 Y esta es la promesa que El mismo nos hizo: la vida eterna. v:26 Os he escrito estas cosas respecto a los que están tratando de engañaros. v:27 Y en cuanto a vosotros, la unción que recibisteis de El permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; pero así como su unción os enseña acerca de todas las cosas, y es verdadera y no mentira, y así como os ha enseñado, permanecéis en El. v:28 Y ahora, hijos, permaneced en El, para que cuando se manifieste, tengamos confianza y no nos apartemos de El avergonzados en su venida. v:29 Si sabéis que El es justo, sabéis también que todo el que hace justicia es nacido de El”.

Vamos a tratar con la ayuda del Señor de exponer algunas palabras que nos hagan entender todo el capítulo que acabamos de leer. Cuando nosotros miramos la exposición del apóstol Pablo en sus cartas, nos damos cuenta que él procura mostrarnos a un Cristo corporativo, y nos explica que los creyentes componen Su Cuerpo, y que Cristo se expresa a través de la Iglesia la cual es Su plenitud. El apóstol Pablo hace tal énfasis en la revelación para mostrarnos que Cristo es la Iglesia. Por otro lado, cuando leemos los escritos del apóstol Juan, según mi consideración, vemos que su mensaje tiene un avance al exponer el misterio. El apóstol Juan centraliza la exposición del misterio mostrándonos que la Iglesia es Cristo. El énfasis de Juan es: “miren a la Iglesia porque ella es Cristo”. En realidad decir que “Cristo es la Iglesia” y que la “Iglesia es Cristo” es la misma revelación, sólo que el énfasis de lo primero es que Cristo tiene a la Iglesia como Su Cuerpo, y nosotros lo expresamos a Él acá en la tierra. Ahora bien, el énfasis del apóstol Juan en sus cartas es decir que “la Iglesia es Cristo”. Si nosotros tenemos clara la proposición del apóstol Juan, será más fácil que comprendamos sus escritos.

Quisiera que viéramos algunos versos de los que leímos al principio, de una manera más específica y ampliada.

SABEMOS QUE LE CONOCEMOS SI GUARDAMOS SUS MANDAMIENTOS

1 Juan 2:3 “Y en esto sabemos que hemos llegado a conocerle: si guardamos sus mandamientos”.

Lo primero que Juan dice es: “ustedes me van a mostrar que conocen al Señor si guardan sus mandamientos. En realidad, él no está hablando de conocerlo para salvación, ni de un conocimiento intelectual, sino de un conocimiento experimental y maduro. Tal conocimiento es lo que Pablo dice en *Filipenses 3:8* **“Y aún más, yo estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor...”**. Algunos creen que conocen al Señor porque oran, o porque leen la Biblia, etc. sin embargo, Juan dice que los que han llegado a conocer al Señor son aquellos que guardan Sus mandamientos. Al referirse a los mandamientos, el apóstol Juan, en realidad está citando las palabras del Señor Jesús cuando Él dijo: **“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros”** (*Juan 13:34*). En la mente de Juan, y en el contexto de sus escritos es más que obvio que el mandamiento de Dios es que nos amemos los unos a los otros. ¿Quiénes son los que llegan en realidad a conocer al Señor? Obviamente, los que llegan a amarse los unos a los otros.

El Cristo que Juan presenta en sus cartas es el Cristo que se conoce en la Iglesia, el Cristo que le revelaron a Saulo en su viaje a Damasco. El conocimiento profundo del Señor es cuando logramos contemplar a Cristo en la comunidad de los santos. No pretenda salirse de su Iglesia local y a la vez pretender conocer al Señor a solas, es imposible. Para efectos de salvación eterna, nosotros conocemos al Señor a solas, pero conocerlo más profundamente es imposible si no aprendemos a amar a nuestros hermanos. Cristo está vibrando en esta era en la esfera corporativa-orgánica de la Iglesia. Esto que le estoy diciendo es parecido a lo que dice *Cantares 1:7* **“Dime, amado de mi alma: ¿Dónde apacientas tu rebaño? ¿Dónde lo haces descansar al mediodía? ¿Por qué he de ser yo como una que se cubre con velo junto a los rebaños de tus compañeros? v:8 Si tú no lo sabes, ¡Oh la más hermosa de las mujeres!, sal tras las huellas del rebaño, y apacienta tus cabritas junto a las cabañas de los pastores”**. No todo en la vida del creyente se puede conocer a solas, sí es necesario la intimidad con el Señor, pero para efectos de conocer al Señor más profundamente, es necesario seguir las huellas del rebaño. Hermanos, sólo conocemos al Señor de manera más profunda mientras caminamos con nuestros hermanos. Si usted quiere conocer más al Señor, debe aprender a amar a sus hermanos, porque la Iglesia es Cristo.

Dice 1 Juan 2:4 “El que dice: Yo he llegado a conocerle, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está en él”;

Según el contexto de lo que vimos en el v:3 el que no guarda sus mandamientos es aquel que no se dedica a amar a sus hermanos. La persona que dice que conoce al Señor pero no ama a sus hermanos, el tal es un mentiroso, porque Cristo es “los hermanos”. El mensaje de Pablo es la parte mística del misterio, mientras que el mensaje de Juan es la práctica del misterio. Pablo habla de la Iglesia y la podemos contemplar celestialmente, mientras que Juan nos dice que la Iglesia está acá en la tierra, entre los hombres.

SER PARTE DE CRISTO NO ES LO MISMO QUE ESTAR INTEGRADOS A CRISTO.

Luego dice 1 Juan 2:5 “pero el que guarda su palabra, en él verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado. En esto sabemos que estamos en Él”.

Si yo quiero guardar el mandamiento del Señor, lo que debo hacer es amar incansablemente a los hermanos, y el resultado de eso es que me perfeccionaré en el amor. El apóstol Juan dice que

esta práctica nos hace saber que estamos en Él. Una cosa es ser parte de Cristo y otra cosa es estar integrados a Cristo. Si yo me corto totalmente un dedo, yo reconozco que ese dedo es parte de mi cuerpo, pero ya no está integrado a mi cuerpo, en pocos minutos el dedo va a morir. Lo mismo nos pasa a nosotros, podemos ser parte de Cristo, pero muy diferente es estar integrados a Cristo. Todos los que un día recibieron el Espíritu de Cristo son parte de Él, pero no todos están integrados a Su Cuerpo, pues, no necesariamente todos los que creen se integran a una Iglesia local. Dios no quiere sólo que seamos parte de Su Cuerpo, sino que estemos integrados en Él.

Todos los cristianos somos parte de Cristo, pero esto sucede realmente en la dimensión celestial. Hace dos mil años el Señor nos bautizó con Su Espíritu, es decir, nos tomó y nos metió en Cristo en la esfera celestial. Ahora bien, para llevar a cabo esta obra en la tierra, el Señor inventó lo que hoy conocemos como: “Las Iglesias locales”. Las Iglesias son una representación local de lo que es Cristo. Por ejemplo, existe la Iglesia de Cristo en Guatemala capital, en San Salvador, en Nuevo Lourdes, etc. en cada lugar geográfico del mundo allí está una representación de Cristo a través de una Iglesia Local. Todo creyente que forma parte de una Iglesia local, para Dios, está “integrado” a Su Cuerpo; los demás creyentes solo son parte del Cuerpo de Cristo. La Iglesia Local es algo serio, en ella se definen nuestras vidas, por lo tanto, no debemos tomarlo a la ligera, porque el ser “parte de ella” nos aprueba o nos reprueba ante Dios.

Dice 1 Juan 2:5 **“En esto sabemos que estamos en Él...”** Si estar en Cristo fuera algo tan seguro, no tendríamos necesidad de probarlo, pero Juan dice que hay una manera de saber que estamos en Él, y ésta es: permanecer en amor con nuestros hermanos. La Escritura nos dice que debemos amarnos los unos a los otros porque es la manera de saber que estamos “integrados” a él, por medio de la Iglesia local. Si yo encuentro a un hermano en la calle, y le pregunto: *“¿hermano, en qué lugar te reúnes con los hermanos?”* y él me contesta: *“Yo no me reúno con nadie, pero amo al Señor”*, según La Escritura, yo tengo el aval para decirle a esa persona que es mentirosa, porque el que no guarda el mandamiento de amar a sus hermanos, es porque tampoco ama a Dios. Sólo el que persevera con los hermanos y los ama tiene el derecho de decir que permanece en Él.

Hoy en día las Iglesias Locales se han vuelto como un cine, cada quien va al lugar que más les agrada. Tal actitud es un pecado delante de Dios porque la Biblia nos insta a no dejar nuestras congregaciones. La Biblia nos enseña que nosotros tenemos una responsabilidad de amor y servicio para con nuestra Iglesia Local. La Iglesia no es un centro de espectáculos, a la cual vamos porque habrán milagros, presentaciones musicales, o convenciones. La Iglesia local no consiste en los ritos que se llevan a cabo en algún lugar, sino en amar a los hermanos con los que nos reunimos.

UN MANDAMIENTO ANTIGUO Y UNO NUEVO.

Dice luego 1 Juan 2:6 **“El que dice que permanece en El, debe andar como El anduvo”**. Muchos mal interpretan este verso, y creen que se refiere a andar en santidad, tal como anduvo el Señor; o creen que hay que salir a predicar, tal como lo hizo el Señor. En realidad, el contexto bajo el cual se escribieron estas cosas es lo que dice Juan 13:34 **“Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros; que como yo os he amado, así también os améis los unos a los otros”**. Andar como el Señor anduvo, es seguir esta regla de vida que Él dijo: *“que como yo os he amado, así también os améis los unos a los otros”*. El Señor amó tanto a los hombres que un día murió por ellos, así también debemos amar a nuestros hermanos, hasta el punto de dar la vida por ellos. ¡Sigamos perfeccionándonos en el amor!

Más adelante dice 1 Juan 2:7 **“Amados, no os escribo un mandamiento nuevo, sino un mandamiento antiguo, que habéis tenido desde el principio; el mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído”**. Este mandamiento antiguo era: “... Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo...” El mandamiento es el mismo, sólo que ahora, explícitamente, no depende sólo de cuanto amamos

a Dios, sino de cuanto amamos a los hermanos. Dios no nos mide en cuanto lo amamos directamente a Él, por la sencilla razón de que no hay forma de demostrarle nuestro amor. Esto es tan así que Dios no necesita ni de nuestro dinero; si somos claros, cuando se dan ofrendas no es Dios quien las recibe, sino un hombre. Yo como administrador de las arcas de las Iglesias decido qué hacer con el dinero que ustedes le dan a Dios, así diseñó Dios las cosas. Usted sabe que tiene que darle dinero al Señor, pero no hay manera de que se lo haga llegar directamente a Él, pues, Él habita en lugares inaccesibles para el hombre. ¿Nota que no hay manera de amar a Dios directamente? Sólo podemos demostrarle que lo amamos a través de nuestros hermanos.

El apóstol Juan dijo: “este mandamiento no es nuevo”, porque ya habían transcurrido muchos años desde que el Señor dijo esto por primera vez. Fue nuevo cuando el Señor dijo: **“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”** (Juan 13:34–35). Ya para los días en que el apóstol Juan escribió estas cosas, el mandamiento ya era antiguo. No hay otra forma de mostrar que somos discípulos del Señor, sino solo amando y congregándonos con nuestros hermanos. Esto es lo básico del Evangelio, no hay manera de obviar el hecho de que para llegar a Dios tenemos que amar a los hermanos.

Dice 1 Juan 2:8 **“Por otra parte, os escribo un mandamiento nuevo, el cual es verdadero en El y en vosotros, porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya está alumbrando”**. El apóstol Juan ahora dice: “Os escribo un mandamiento nuevo”, pero en el verso anterior dice que nos había escrito un “mandamiento antiguo”, el sentido que él usó para esto es que en realidad el mandamiento es el mismo, pero es “nuevo” porque se renueva cada vez que lo vemos bajo la luz del Señor. El mandamiento nuevo es el mismo “antiguo”, es sólo un lenguaje figurativo como cuando decimos: “En primer lugar debe estar Dios, en segundo lugar debe estar Dios, y por último debe estar Dios”. Mas o menos este es el sentido de lo que escribió Juan en estos versos.

Hoy en día el Evangelio se ha hecho un asunto de moda. Yo recuerdo que hace unos treinta años, en mis días en los cuales me convertí al Señor, todo creyente que no hablaba en lenguas era un cristiano clase “B”. Esto era tan así, que la Iglesia a la que yo asistía no aceptaba solicitudes para diáconos, a menos que hablaran en lenguas. En aquellos días hablar en otras lenguas era una moda, pero una moda que le había hecho creer a todo mundo que en eso consistía el Evangelio. Hoy en día la moda del Evangelio ha cambiado, hay otras cosas novedosas, y seguramente, con el pasar de los años, seguirán habiendo otras cosas novedosas. En cambio el apóstol Juan dijo: “les recuerdo un mandamiento antiguo: ¡ámense!”, y luego les volvió a decir: “también les quiero dar un mandamiento nuevo: ¡ámense! El verdadero Evangelio no cambia, no pasa de moda porque Él es amor.

Dice 1 Juan 2:9 **“El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está aún en tinieblas”**. ¿Está usted en luz?, o dicho de otra manera: ¿Aún aborrece usted a su hermano?, o ¿Hay alguien a quien usted no tolera? Si usted tiene ese tipo de problemas con algún hermano, usted está en tinieblas. Por eso dice el v:10 **“El que ama a su hermano, permanece en la luz y no hay causa de tropiezo en él”**. No hay donde perdernos, y algo más, el apóstol Juan no dijo que había que amar sólo a los hermanos buenos, sencillamente los incluyó a todos, sean buenos o malos. ¿Ama usted a “todos” los hermanos? Si ama está en luz, si no ama está en tinieblas.

Para el apóstol Juan la luz es Dios, Dios es Cristo, y Cristo es la Iglesia. Por esta razón él concluye que sólo el que ama a sus hermanos permanece en Él, porque la Iglesia es Cristo, Cristo es Dios, y Dios es luz. Es incongruente que la hermana “fulana” quiera estar en luz y a la vez aborrezca a los hermanos. Estar en la Iglesia es estar en la luz, de modo que nadie que quiera estar en luz puede aborrecer a sus hermanos.

Dice 1 Juan 2:11 **“Pero el que aborrece a su hermano, está en tinieblas y anda en tinieblas, y no sabe adónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos”**. Bajo este mismo contexto, dice 1 Juan 1:7 **“pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros...”**. Note que estar en luz es estar en comunión con los hermanos, de modo que estar en

tinieblas es estar fuera de la Iglesia. Ahora bien, hay algunos que ya están en tinieblas, pero aún asisten a la Iglesia, porque no es lo mismo asistir a la Iglesia, que estar en comunión con la Iglesia. Es como el triste caso de muchas parejas, están juntos, viviendo en la misma casa, pero ya no son un matrimonio. Así hay muchos creyentes, asisten a la Iglesia, pero ya no están en comunión con los hermanos, lo único que les falta es irse del todo.

Voy a obviar la explicación de 1 Juan 2:12-17, sólo permítame darle una explicación breve. En esos versos el apóstol Juan les habla a hijitos, jóvenes, y padres; en otras palabras, lo que Juan quería decir es más o menos lo siguiente: “les estoy escribiendo a todos los niveles de creyentes”. Muchas veces llegamos a creer que los que deben amar a los hermanos son los que acaban de convertirse al Señor. A veces los que ya tienen años en el Señor dicen: “Que se ocupen de los demás los recién convertidos, porque nosotros ya pasamos esa etapa”. Por otro lado, los recién convertidos dicen: “Que se ocupen de los hermanos, los ancianos, pues, ellos tienen muchos años de haber conocido al Señor”. En fin, pareciera ser que ni unos ni otros se deben al amor. La verdad no se trata de edades, ni de madurez, o inmadurez, se trata de la responsabilidad que todos debemos tener.

Además, el apóstol Juan nos advierte en esos versos lo siguiente: **“No améis al mundo...”**, en otras palabras, lo que Él está diciendo es: “Cuídense de no amar al mundo, porque ese estilo de vida les va a quitar la pasión del amor que ustedes tienen hacia la Iglesia”. Esto es así, nadie puede servir a dos señores. Es como en lo natural, no hay mejor forma de que un hombre se descante de una mujer, que el hecho de que la mujer ponga sus ojos en alguien más. Ningún hombre normal va a tolerar que su mujer empiece a enfriar su relación a causa de otro hombre, nadie puede servir a dos señores. Eso es lo que el apóstol Juan quiso decirnos: “No amen al mundo al punto que dejen de amar a la Iglesia, la cual es Cristo. Es imposible que alguien esté de cabeza en el mundo y a la vez quiera tener comunión con los hermanos.

EL MISTERIO DE LA IGLESIA Y CRISTO.

La Iglesia del principio caminó en la verdad de “El misterio de La Iglesia y Cristo” y ese fue el fundamento de sus vidas. Ellos no tuvieron complicaciones doctrinales, a diferencia de nosotros, ellos no tenían denominaciones, ni nombres, simple y llanamente eran la iglesia en Jerusalén, o la iglesia en Antioquia, o la iglesia en Corinto, etc. Esto nos muestra que la Iglesia no tenía su enfoque en la doctrina como prioridad, si no en la vida. Para ellos la Iglesia dependía de Cristo como el sustento para sí mismos. La vida se entendía a través de la doctrina, no como ahora, que la gente pretende entender la doctrina sin tener la Vida de Cristo en sus corazones.

La Iglesia del principio vivió de una manera “orgánica” porque ellos tenían apóstoles cuyo fundamento no era la doctrina. Al decir estas cosas no estoy diciendo herejías, solo digo que la doctrina es como la vestimenta, no tiene sentido querer ponerle un pantalón a una silla, la vestimenta se requiere cuando hay un cuerpo que la usa; de igual manera es la doctrina, es indispensable siempre que haya un “cuerpo viviente”. La Iglesia del principio tenía claras estas cosas, es más, los hombres que Jesús escogió para que lo acompañaran no eran inteligentes, expertos en la palabra, sabios, o letrados. Los discípulos del Señor eran un grupo de hombres ignorantes, la mayoría de ellos habían sido pescadores (aunque hubo excepciones) Por ejemplo, el famoso apóstol Pedro, tuvo que dictarle a Juan Marcos lo que hoy conocemos como el Evangelio de Marcos, porque él no sabía leer, ni escribir. Ser ignorante en las letras no le impidió a Pedro ser apóstol, porque el apostolado entre los hermanos del principio estaba basado en la Vida. El Señor les dijo a los doce: “ustedes me serán testigos...”; si una persona presencia un accidente no necesita saber sobre tránsito para explicar los hechos, solo necesita haber estado frente al accidente para decir lo que vio y escuchó. Los apóstoles testificaron una sola cosa: “A Jesús, pues, por tres años y medio ellos estuvieron con Él.

Para los apóstoles no había complicación en escoger un tema para compartir, a diferencia de nosotros que creemos que necesitamos un bosquejo para compartir. Hoy en día si nos invitan a

compartir la Palabra debemos saber a qué público nos vamos a dirigir; pensamos en un tema para hombres, en otro para jóvenes, en uno diferente si la reunión es para mujeres, y no se diga si nos dirigimos a un grupo de gerentes, etc., Los apóstoles no tenían estos problemas porque ellos hablaban delante de reyes y hablaban de Cristo, con ignorantes y hablaban de Cristo, con maestros de la ley y hablaban de Cristo, con quien fuera que ellos compartieran lo que hablaban era de Cristo. Habiendo estado ellos en calidad de testigos, sólo se dedicaron a hablar de lo que habían visto y oído. Su mensaje siempre fue claro y sencillo, aunque a la vez profundo, porque aparte de haber estado y conocido a Jesús por más de tres años y medio, ellos entendieron que los creyentes que se estaban agregando eran “Cristo” mismo, sólo que en una manifestación corporativa.

El gran éxito de los apóstoles fue hacer la transición del Cristo individual al Cristo corporativo. Ahora, ¿cómo lo aprendieron? Dice *Hechos 1:1* ***“El primer relato que escribí, Teófilo, trató de todo lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, v:2 hasta el día en que fue recibido arriba, después de que por el Espíritu Santo había dado instrucciones a los apóstoles que había escogido”***. Después de Su resurrección, durante cuarenta días Cristo se presentó a muchos por testimonio, pero a los apóstoles les dio un seminario impresionante, les enseñó desde ese momento en adelante Él iba a morar con todos los creyentes en Él, y que dichos creyentes se habrían de convertir en Su cuerpo, en Su expresión. Después de eso los apóstoles le pusieron prioridad a una sola cosa en sus ministerios: “edificar las iglesias”. Ellos no le pusieron el énfasis a los locales, o a los templos como sucede hoy en día, es más, no hay un solo verso en todo el Nuevo Testamento en el que Pablo le hubiera dicho a Timoteo, o a alguna de las Iglesias que trataran de conseguir un buen local para iniciar sus reuniones. Los apóstoles sabían que el Antiguo Pacto, que consistía en un Templo hecho por hombres ya no era lo más importante, ellos entendieron que en la administración Divina del Nuevo Pacto, lo más importante eran los creyentes mismos, de manera que no pusieron énfasis a los lugares de reunión. En los tiempos que inició la Iglesia, los hermanos se congregaban en las casas, hacían sus reuniones encerrados en aposentos, para ellos el valor no eran los templos, sino los hermanos.

El Señor les explicó a los apóstoles que Él dejaría de usar un cuerpo humano llamado Jesús para usar un Cuerpo conformado por muchos miembros llamado “Iglesia”. Los apóstoles de aquel tiempo jamás se enfocaron en edificar templos-edificios, sino que a cada lugar que iban se dedicaron a edificar Iglesias (conformadas por hombres). Para ellos lo prioritario fue establecer, con santos fieles, la representación del Cristo corporativo en la tierra en cada localidad. En eso consistió el trabajo de los apóstoles de aquellos tiempos, y de hecho, para los apóstoles de hoy debería ser el mismo trabajo. El centro del Evangelio es la Iglesia; quien quiera ver a Cristo desprendido de la Iglesia es como querer ver un matrimonio donde el hombre vive separado de su mujer, o incluso, como que alguien pretenda tratar con la linda cara de una persona y desechar su cuerpo, eso no se puede, no podemos agarrar solo partes de un ser viviente. Los apóstoles entendían este principio, y también sabían que Dios trataría así las cosas hasta la consumación del tiempo presente, cuando Él juzgue a cada uno de sus hijos en las diferentes Iglesias locales. El libro del Apocalipsis es el examen y la carta final para la Iglesia en diferentes lugares; siete cartas a siete iglesias distintas para mostrarnos el Señor que así nos tratara a todos. Siete cartas que nos muestran que los vencedores saldrán de las iglesias locales. Alguien podrá decirme: “yo no me congrego, pero estoy caminando en el Evangelio”, tal persona ni siquiera podrá el Señor reprobalo en aquel día, pues, ya está reprobado. No congregarse es como que un par de jóvenes se inscriban en la universidad, y un tercer joven los critique porque él decidió no inscribirse. Al final del semestre, uno de los dos primeros gana todas las materias, el otro reprueba porque no estudió, pero el último que ni siquiera se inscribió, nunca tuvo ni la más mínima oportunidad de salir aprobado. Hermanos, lo menos que todos debemos hacer para salir aprobados en aquel día es permanecer en una Iglesia local, por eso la Biblia nos dice: “no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:25). Ese día está cerca si usted ya está en edad avanzada, o si está enfermo, o más si vive en un país violento, etc. Nunca nos desprendamos de la Iglesia local, porque ella es el medio en el cual Dios nos juzgará.

EL ESPÍRITU DEL ANTICRISTO Y LOS ANTICRISTOS.

Dice 1 Juan 2:18 ***“Hijitos, es la última hora, y así como oísteis que el anticristo viene, también ahora han surgido muchos anticristos; por eso sabemos que es la última hora. v: 19 Salieron de nosotros, pero en realidad no eran de nosotros, porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron, a fin de que se manifestara que no todos son de nosotros. v:20 Pero vosotros tenéis unción del Santo, y todos vosotros lo sabéis. v:21 No os he escrito porque ignoréis la verdad, sino porque la conocéis y porque ninguna mentira procede de la verdad. v:22 ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. v:23 Todo aquel que niega al Hijo tampoco tiene al Padre; el que confiesa al Hijo tiene también al Padre. v:24 En cuanto a vosotros, que permanezca en vosotros lo que oísteis desde el principio. Si lo que oísteis desde el principio permanece en vosotros, vosotros también permaneceréis en el Hijo y en el Padre. v:25 Y esta es la promesa que El mismo nos hizo: la vida eterna. v:26 Os he escrito estas cosas respecto a los que están tratando de engañaros. v: 27 Y en cuanto a vosotros, la unción que recibisteis de El permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; pero así como su unción os enseña acerca de todas las cosas, y es verdadera y no mentira, y así como os ha enseñado, permanecéis en El. v:28 Y ahora, hijos, permaneced en El, para que cuando se manifieste, tengamos confianza y no nos apartemos de El avergonzados en su venida. v:29 Si sabéis que El es justo, sabéis también que todo el que hace justicia es nacido de El”***.

Es impresionante que el famoso personaje del “anticristo” aparece en toda la Biblia, única y exclusivamente en los escritos del apóstol Juan. Cuando hablamos de anticristos, definitivamente viene a nuestra mente un personaje, a manera de emperador, que creemos ha de dominar al mundo entero. Quiero mostrarles que para Juan el anticristo jamás fue ese personaje. La doctrina popular del anticristo popular ha sido tan fantástica, y tan ingeniosamente elaborada, que se ha creído en la mayoría de denominaciones evangélicas. Hoy en día casi nadie cree que no exista un “anticristo” a la manera de un líder mundial, y a estas alturas es demasiado bonito como para dejar de creer en ello; si Juan resucitara y oyera charlas sobre el anticristo, se volvería a morir del susto porque él nunca habló de lo que hoy todos “saben” y hablan al respecto. Este personaje ha cobrado tanta popularidad entre los cristianos, que la mayoría piensan que Pablo habló de él en sus cartas, que Apocalipsis, Daniel y Ezequiel también profetizaron de él, sin embargo, el único que habló del anticristo fue Juan, y en sus cartas nunca se refirió a un líder político.

Si algo es impresionante en la carta de Juan es que casi en ningún pasaje de todas sus cartas cambia de tema. El apóstol Juan siempre está hablando de Cristo en la práctica, a diferencia de Pablo, que hablo del cuerpo de Cristo a nivel de una revelación. Pablo decía: ***“Mi oración es que los ojos de vuestro corazón sean iluminados, para que sepáis cuál es la esperanza de su llamamiento, cuáles son las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál es la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, conforme a la eficacia de la fuerza de su poder”*** (Efesios 1:18-19). Pablo procuró que entendiéramos el misterio, Juan deducía que los receptores de su carta ya entendían el misterio que es Cristo y la iglesia. Juan se dedicó a mostrarnos que el misterio no sólo se debe creer, sino se debe practicar, por eso al inicio de su carta él advierte: ***“El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está aún en tinieblas”*** (1 Juan 2:9). Juan baja el conocimiento de Pablo y le dice a toda la cristiandad: *¡si de verdad dices ser cristiano, y dices que amas a Dios, ama también a tu hermano, sino eres un mentiroso!*

Juan en toda su carta insiste a los creyentes que dejen de ser hipócritas y que practiquen lo que creen. Curiosamente, el tema predominante es el amor que deben tenerse los creyentes, pero a la vez, habla de anticristo. A estas alturas, sólo leemos “anticristo”, y nos ubicamos en un evento futuro, casi sentimos que andamos huyendo en las montañas para que el anticristo no nos vaya a

poner el sello del “666”. Yo quiero decirle en esta ocasión que olvide toda esa película fantasiosa que creamos acerca del anticristo. No se preocupe de que un día le van a sellar la frente o la mano, el sello en la frente tipifica el trabajo que el diablo hace en los creyentes para que dejen de creer en el misterio, y el sello en la mano es la manipulación de satanás para que el creyente deje de hacer cosas buenas para el Cuerpo de Cristo. Dejemos los inventos humanos, doctrinas de hombres, y tratemos de ubicar nuestra mente en la realidad que el apóstol Juan nos quiso enseñar.

Dice 1 Juan 2:18 **“Hijitos, es la última hora, y así como oísteis que el anticristo viene, también ahora han surgido muchos anticristos; por eso sabemos que es la última hora”**. Juan habla de una última hora, yo siempre me había preguntado a qué se refiere con eso de la “última hora”, de modo que escudriñé La Escritura y me sorprendí al ver que en solo Juan emplea ese término de la última hora. Antes de darle una explicación, quiero advertirle que yo no soy amigo de los historiadores, porque la historia previa a nuestros días podemos comprobarla un tanto más fehacientemente, pero lo que sucedió hace miles de años, a mi juicio, tiene un gran margen de error. A pesar de mi escepticismo por la historia, encontré un dato muy curioso en el que convergen muchos historiadores, y es el hecho de que el único apóstol que escribió después del año 70 D.C. fue el apóstol Juan. En otras palabras, Juan todavía escribió en los días posteriores a la destrucción del Templo. Los acontecimientos políticos que acontecieron alrededor del año 70 D.C. no sólo cambiaron el mundo de aquellos días, sino cambiaron toda la historia. No olvidemos que Dios mismo fue quien promovió que se destruyera el Templo, y que no quedara piedra sobre piedra del Templo de Jerusalén (Marcos 13:2). Después de la destrucción del templo de Jerusalén, casualmente ninguno de los apóstoles escribió más, a excepción de Juan, quien se cree escribió aproximadamente entre los años 85 – 95 d.C. es decir, entre quince y veinticinco años después de la destrucción del Templo. Según los historiadores esta es la razón por la que Juan menciona que están en la última hora, porque se refería a que todo lo anterior (La era de la Ley, que incluía al Templo) ya era solo un recuerdo. En ese contexto el añade que se ha de levantar el anticristo, pero explica inmediatamente que esta figura no es un hombre, sino muchos hombres (eso es lo que dice 1 Juan 2:18). Este contexto nos lleva al entendimiento que el movimiento del Anticristo es un espíritu de error, una doctrina desacertada que vendría a meterse en la Iglesia, la cual iban a abrazar muchos. Para el apóstol Juan cada creyente que abrazara esa doctrina vendría a ser un anticristo, porque anticristo no es otra cosa más que aquel o aquello “contrario a Cristo”.

Juan predijo en su carta que esta doctrina sería tan fuerte que habría de cambiarle la naturaleza misma a todo aquel que la tomara. Al entender el v:18 bajo esta óptica, leamos 1 Juan 2:19 **“Salieron de nosotros, pero en realidad no eran de nosotros, porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron, a fin de que se manifestara que no todos son de nosotros”**. Evangélicamente (erróneamente) pensamos que esos hermanos de los que se habla en el pasaje son personas que nunca nacieron de nuevo, o que son diabólicos. En realidad, el apóstol Juan enfatiza en que tales personas salieron de nosotros, o sea, de la Iglesia. Él no está refiriéndose a que salieron algunos que eran seguidores de Buda, o de las religiones orientales, pues, la iglesia está compuesta por seguidores de Cristo. Si usted le pregunta a alguien si cree en Cristo, y le responde que sí, el tal es un creyente. De modo que cuando dice: “salieron de nosotros”, él estaba refiriéndose a creyentes que abrazaron una doctrina errada, y por eso salieron de la comunión de los santos. La muestra de ser un creyente genuino, básicamente consiste en permanecer en la Iglesia, es decir, estar integrados a ella.

El sello distintivo del creyente que está integrado al Cuerpo de Cristo es sencillo: ¡Permanecer con nosotros! Al entender este principio básico, comenzamos a entender que el movimiento de error de los anticristos es no querer **“permanecer”**. Todo creyente que no quiere perseverar entre los hermanos, aquel que no le pone importancia a la reunión, al que le da igual ir o no ir a las reuniones, está abrazando la doctrina del anticristo. Tales hermanos no perduran, y lo peor es que con sus actos desacreditan la práctica de Iglesia, y no estoy limitándome a hablar de la parte cúllica de la reunión en donde cantamos y se comparte un mensaje, sino también los momentos de comunión, de platicar, de convivir y compartir los unos con los otros. Muchos pueden asistir a la Iglesia sin ser parte de la Iglesia, pero el punto no es solo estar presente, sino involucrarnos, tener comunión, practicar la Vida de Iglesia. Ahora entendemos lo que dijo el apóstol Juan: **“si hubie-**

ran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros", es decir, si ellos se hubieran integrado a nosotros habrían permanecido con nosotros. Hermano, si usted llega a ser parte de la Iglesia no lo derrumbará el hecho de que un hermano le hizo un mal gesto, esos son los hermanos con la función de "bilis" en el cuerpo, y aprenderá a soportarlos cuando le sea revelado que son parte de la Iglesia.

Sigue diciendo **1 Juan 2:22** "**¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo**". Acá el apóstol va a definir a los mentirosos. ¿Conoce usted a algún hermano rebelde?, ¿Conoce a alguien que ha ultrajado al pastor, al anciano o al líder y después se ha ido de la Iglesia?, ¿Conoce a alguien que se pare y diga me iré de la iglesia porque no creo en Jesús? Los que están entre nosotros nunca van a decir eso, se van a pelear con un hermano, van a criticar a los que si permanecen, etc. pero Juan está hablando que el mentiroso, el anticristo, es aquel "**que niega al Hijo**". El que no confiesa que Jesús es el Cristo es un mentiroso y eso lo convierte en anticristo, porque es el que niega a Jesús como el Cristo. Para nosotros esto se torna en un problema porque nunca escuchamos a alguien decir: "Jesús no es Dios".

Más adelante dice el apóstol Juan: "**En esto conocéis el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios**" (**1 Juan 4:2**) Aquí tenemos un conflicto: ¿Cuántos de ustedes saben que Jesús vino hace 2000 años a Israel como un hombre? Todos. Algo que es esencial para entender este pasaje es reconocer que el lenguaje español se queda corto para explicar ciertos detalles en contraste con el griego, porque traducen bien, pero no captamos la esencia del mensaje. Preste sumo cuidado a las palabras que dice Juan, pues, nosotros deducimos que la frase "**Jesucristo ha venido en carne**" es lo mismo que entender "**Jesucristo vino en carne**". Nosotros automáticamente cambiamos las palabras, usamos el verbo en tiempo pasado, como algo que ya sucedió, sin embargo, Juan conjuga el verbo en un modo: "**perfecto, activo, participio**" en realidad, la mejor traducción para ese verso sería "**todo espíritu que confiesa que Jesucristo VIENE en carne, es de Dios**".

Cuando alguien dice: "yo voy a buscar al Señor encerrado en mi cuarto porque así dice la palabra", déjeme decirle que tal persona no lee bien y le hace falta instrucción de un apóstol. Ciertamente Cristo dijo: "**...tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público**" (**Mateo 6:6**). El Señor jamás dijo que orar a solas implica hacerlo de manera individualista, separados de Su Cuerpo, sino se contradijeran Sus palabras, pues, Él nos enseñó a orar: "Padre nuestro", no "Padre mío". Orar a solas, no nos da el derecho de orar de una forma individualista. Ahora bien, si usted no comparte con la Iglesia como va a decir: "**Padre nuestro...**", ¿comprende que la Vida en Cristo en ningún aspecto puede estar separada de los hermanos? Es cierto que podemos orar a solas, de manera personal, pero jamás hacerlo con una mentalidad individualista. A esto se refiere **1 Juan 4:3** "**y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios**"; este Jesucristo no es el "individual" que nació en Belén, sino el Cristo corporativo. Obviamente, al Cristo de Belén todos los creyentes lo confesamos, pero al corporativo "sí" muchos lo niegan. ¿Puede darse cuenta que el anticristo no tiene nada que ver con política, ni con personajes de ese estilo?

Luego dice **2 Juan 1:5** "**Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros. v:6 Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio. v:7 Porque muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo**". Esta "señora", obviamente se refiere a la Iglesia. Seamos acuciosos y démonos cuenta que Juan nos está diciendo claramente: "El anticristo es el que no ama". Si Cristo es AMOR, por ende, lo contrario al amor es "anti amor", entonces, si Cristo es sinónimo de amor el que no ama es un anticristo. Juan insiste en decir: "ámense", porque ese es el mandamiento, ámense porque muchos engañadores andan por ahí diciendo lo contrario. Los engañadores le han hecho creer a la cristiandad que pueden caminar solos, ellos dicen: ¡Jesús y yo somos suficientes! Ese es el gran engaño de la era presente.

Es lamentable ver como en las congregaciones existe el individualismo colectivo, multitudes que se reúnen un día a la semana, pero con una mentalidad individualista; este el veneno más letal que el diablo le ha inyectado a la Iglesia. Esta obra satánica de individualizar al Cuerpo de Cristo no surgió hace veinte años, sino fue la obra que fraguó el diablo, muy probablemente, desde finales del primer siglo. ¿Cuántos han escuchado sobre el famoso libro: “El progreso del peregrino”, cuyo autor fue John Bunyan? Esta obra se trata de un símil, una alegoría, o una visión de un hombre llamado: “Cristiano”, quien vivía en una ciudad llamada “pecado”, allí se le aparece un hombre de nombre evangelista y este le indica que debe abandonar esa ciudad y buscar la ciudad celestial. Mientras que Cristiano se adentra en su peregrinaje, pasa por diversas dificultades, es atemorizado por leones, etc. pero en síntesis toda la trama de la historia es acerca de un hombre que camina de manera solitaria, tratando de llegar al cielo él sólo. En algún momento de mi vida me identifiqué con este libro al recordar que por varios años tuve que vivir como un lobo solitario, buscando alimentarme del hombre que aquella época fue mi apóstol, pero al recordar estos eventos el Señor me dijo a mi corazón: ¡Nunca terminarás la carrera como el peregrino! Y entendí que ese libro es la perspectiva de un cristiano que quiere ser vencedor “sólo” y Dios me indicó que esa no es la ruta, porque ni el más grande los apóstoles pudo decir que no necesitaba del Cuerpo de Cristo.

Al inicio de este estudio yo le dije que a los apóstoles les habían revelado al Cristo individual, pero después les enseñaron a edificar al Cristo corporativo; primeramente apareció Jesús en carne, siendo un hombre, un individuo, pero después de Su ascensión vino en carne, pero corporativamente, en los creyentes. Entonces, podemos deducir que todo el que confiesa que a Jesús se le ve en la Iglesia es de Dios, y el que no confiesa que a Jesús se le ve en la Iglesia, el tal no es de Dios. El anticristo es el espíritu que se opone al Cristo corporativo de hoy. El primer gran anticristo que registró la Biblia fue Saulo, antes de convertirse era un “anticristo” puro, porque andaba persiguiendo a Jesús en carne.

Luego dice 2 Juan 2:24 ***“Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre”***.

De este pasaje, casualmente, no encontré un solo comentario que pudiera haber captado la intención de Juan cuando dice: ***“Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre”***. Aunque esto parece un juego de palabras, que el Señor permanezca en nosotros no es lo mismo que nosotros permanezcamos en Él. La Biblia nos enseña que todo el que es creyente genuino tiene el **Espíritu** de Cristo en su **espíritu**, aunque no necesariamente en el corazón. Craso error creer que cuando lo aceptamos, Cristo viene a morar en nuestro corazón, El no viene a nuestro corazón, viene a nuestro Espíritu. Nosotros le podemos permitir que Él entre al corazón, si nos entregamos a Él. No todos los cristianos tienen a Cristo en el corazón, por eso no todos aman de corazón y no todos son de buen corazón, porque cuando el corazón está sin Cristo es rudo y malo. Recapitulemos éstas cosas: Cuando aceptamos a Cristo El viene a nuestro espíritu, eso es que “Cristo está en nuestro interior”. Ahora bien, Juan insiste que ***“nosotros estemos en Él”***, pero esto sólo se puede dar si estamos en Él a través de la Iglesia local, es decir, Cristo en la expresión corporativa. De modo que si usted está en Cristo es porque está en la Iglesia, y estará fuera de Cristo si se sale, o si no se integra a la Iglesia.

Retomando el verso de 1 Juan 2:24 la frase: ***“Lo que habéis oído desde el principio...”*** se refiere al mandamiento antiguo, a las palabras que dijo el Señor en Juan 14:21 ***“El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre; y yo lo amaré y me manifestaré a él. v:22 Judas (no el Iscariote) le dijo*: Señor, ¿y qué ha pasado que te vas a manifestar a nosotros y no al mundo? v:23 Jesús respondió, y le dijo: Si alguno me ama, guardará mi palabra; y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos con él morada”***. El mandamiento antiguo, o lo que oímos desde el principio es que debemos amarnos los unos a los otros. Al guardar este mandamiento de estar en unidad con los hermanos haremos con Él morada. Versos antes a éstas palabras del Señor, Él mismo dijo: ***“No se turbe vuestro corazón; creed en Dios, creed también en mí. v:2 En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo hubiera dicho; porque voy a preparar un lugar para***

vosotros” (Juan 14:1-2). Juzgue usted si esto se refiere a algo individual o se refiere a algo corporativo una vez más. Y si queremos agregar más luz, podemos leer también Juan 17:19 **“Y por ellos yo me santifico, para que ellos también sean santificados en la verdad. ²⁰ Mas no ruego sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, ²¹ para que todos sean uno. Como tú, oh Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. La meta del creyente es que todos seamos uno, así como el Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo; la manera de estar en Él es permanecer en la dimensión corporativa de la iglesia, porque individualmente nadie es Cristo total, el Cristo total es todos”.**

Hermanos, permanecer en el Hijo es algo optativo porque en determinado momento podemos dejar de permanecer en la Iglesia, es una decisión. Lo que es definitivo e inmovible es ser Hijos de Dios, aunque los hay buenos y malos. Recordemos que la gracia de Dios para con nosotros fue tan grande que nos alcanzó siendo pecadores, y así venimos a ser Hijos de Dios, pero estar en la dimensión del Cuerpo de Cristo es algo optativo. Dice 1 Juan 2:25 **“Y esta es la promesa que El mismo nos hizo: la vida eterna. v:26 Os he escrito estas cosas respecto a los que están tratando de engañaros. v:27 Y en cuanto a vosotros, la unción que recibisteis de El permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; pero así como su unción os enseña acerca de todas las cosas, y es verdadera y no mentira, y así como os ha enseñado, permanecéis en El. v:28 Y ahora, hijos, permaneced en El, para que cuando se manifieste, tengamos confianza y no nos apartemos de El avergonzados en su venida”.** Ya vimos que permanecer en Él es perseverar en la Iglesia, reunarnos con los hermanos, no abandonar la comunión con los santos, y si así hacemos, cuando Él se manifieste en aquel día tendremos confianza. En aquel día, aunque nos juzgarán, tendremos confianza a causa de haber permanecido en Él, y no nos apartemos de El avergonzados.

Yo no puedo decirles que ya tienen ganado el Reino sólo por haber estado integrado a la Iglesia, pero permítame darle una apreciación personal, y en esto digo yo, no el Señor: “El que permanece con un corazón íntegro y una revelación clara de lo que es la Iglesia tiene un buen porcentaje ganado para heredar el Reino y ser aprobado por Dios en aquel día; pero el que no permanece en la Iglesia no tiene probabilidades de ser aprobado. Dios no aprobará a nadie que no tenga la revelación de Su Cuerpo, que es la Iglesia ¡Amén!.